

CAPITULO VIII.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE SAN VÍCTOR I (186-200).

1. Cuestion de la Pascua. — 2. Carta de Policrates, obispo de Éfeso, al papa san Víctor I. — 3. Carta de san Ireneo al papa san Víctor I. — 4. Carta de los obispos de la Palestina al papa san Víctor I. — 5. Herejía de los Theodocianos. — 6. El presbítero Gayo refuta á los Theodocianos. — 7. Otros apologistas de la fe cristiana. — 8. Escuelas cristianas. — 9. Escuela cristiana de Alejandria. San Panteno. — 10. Clemente de Alejandria. Sus obras. — 11. Muerte del papa san Víctor I.

PONTIFICADO DE SAN VÍCTOR I (186-200).

1. La controversia sobre la Pascua, promovida un cuarto de siglo antes por san Policarpo en su entrevista con el papa san Aniceto, no se habia decidido aun por los antecesores del papa san Víctor I. Los Asiáticos habian continuado, pues, el uso particular de celebrar la Pascua el mismo día que los Judíos. Envejeciendo, esta costumbre abusiva habia tomado como derecho de prescripcion. Por otra parte, esta costumbre alimentaba una divergencia fatal entre los Asiáticos y la Iglesia latina, respecto de las fiestas, de los ayunos, todo en fin lo que estaba regulado principalmente sobre el día de Pascua. Despues de la destruccion de Jerusalem por Adriano, habia cesado de existir el motivo de tener miramiento con los Judíos convertidos, que conservaban un apego invencible á los ritos mosaicos. Por otra parte, la obstinacion de los Asiáticos se habia aumentado, fortalecido, por la especie de consentimiento tácito del papa san Aniceto y por la autoridad moral inmensa de san Policarpo. Se habia visto en Roma á los sacerdotes Blasto y Florino, venidos del Asia, esforzarse en persuadir á los fieles que no se podia en conciencia seguir el uso de la

Iglesia latina para la celebracion de la Pascua. El negocio llegó á tanto, que por temor de un cisma los dos papas san Sotero y san Eleuterio se vieron obligados á quitar á los Asiáticos residentes en Roma el permiso de conformarse con el uso de su país. Por manera que por exageracion de los Asiáticos un punto de disciplina se convirtió en cuestion doctrinal. San Víctor no quiso pasase mas adelante este error, y resolvió establecer perfecta conformidad en todas las iglesias. Convocó á este objeto un concilio de los obispos de Italia en Roma, en el cual fué decidido solemnemente que la Pascua seria celebrada en domingo, día consagrado por los Apóstoles en memoria de la resurreccion del Señor: se interdijo seguir en lo porvenir este uso de los Judíos para la celebracion de esta solemnidad. Víctor envió la carta sinodal á los obispos de todas las provincias del universo católico. Por órden suya, Teófilo de Cesarea reunió todos los obispos de la Palestina; san Ireneo de Leon, los de las Galias; Bacquilo de Corinto, los de la Acaya; Demetiro de Alejandria los de Egipto, y Palma de Amastris los del Ponto. Estas asambleas estuvieron todas acordes y unánimes en adoptar la resolucion del concilio de Italia. Las cartas de respuesta concuerdan todas en la necesidad de conformarse con la costumbre de la Iglesia latina en la celebracion de la Pascua.

2. Policrates, obispo de Éfeso, habia sido encargado por el papa san Víctor de presidir el concilio de la Asia proconsular. Como era fácil de prever, los obispos de esta comarca no se hallaron dispuestos á abandonar un uso antiguo en su provincia y apoyado en una tradicion venerable. «Entre nosotros,» escribia Policrates al papa san Víctor, dándole cuenta de «las operaciones de la asamblea; entre nosotros, en Asia, se han dormido en el Señor estas grandes lumbreras de la Iglesia: Felipe, uno de los doce Apóstoles, muerto en Hierápolis; Juan, que descansó sobre el pecho del Señor; el santo pontífice que llevaba la lámina de oro, mártir y doctor, que vino á morir á Éfeso; Policarpo, ilustre obispo de Esmirna; Tarseas, obispo y mártir de Eumenia; el bien-

» aventurado Meliton, obispo de Sardas, cuyos pensamientos
 » inspiraba y cuyos actos dirigia el Espiritus Santo. Estos
 » grandes personajes han celebrado la Pascua en el décimo-
 » cuarto dia de la luna, siguiendo el texto del Evangelio y
 » observando la regla de la fe. Y yo Policrates, el mas ínfimo
 » de los obispos, despues de haber vivido sesenta y cinco años
 » en el servicio del Señor, observo la tradicion de mis maes-
 » tros y padres. No me intimidaré por las amenazas, sabiendo
 » la sentencia de los Apóstoles: Es mejor obedecer á Dios que
 » á los hombres. » Cuanto consuelo habian dado al papa las
 cartas de los demás concilios, tanto ó mas dolor le causó la de
 Polierates. El obispo de Éfeso se escudaba con una tradicion,
 respetable sin duda alguna, por la cual habian guardado los
 romanos Pontífices los mayores miramientos, tolerándola siglo
 y medio: pero no se hacia cargo de los gravísimos y serios
 motivos que impelian al papa á la uniformidad. Muy al con-
 trario, insinuaba que el uso de los Asiáticos era el solo fun-
 dado en regla de fe: esto era favorecer á los cismáticos que
 habia habido que combatir en el mismo seno de Roma; era
 esto perpetuar en la Iglesia una tradicion hebráica y apoyar á
 los judaizantes. Hay en esta discusion un hecho digno de no-
 tarse, y es que no se puso en duda ni cuestion la supremacia
 del Papa por los obispos del Asia. No le echan en cara que se
 mezclaba, por abuso de poder, en la conducta de iglesias leja-
 nas é independientes. Al contrario, Policrates al acabar su
 carta reconoce implícitamente que la autoridad del papa, á la
 cual se cree en conciencia obligado á resistir, no tiene igual
 entre los hombres, y que no tiene otro censor que Dios mismo.
 Sea lo que quiera, Víctor creyó que era ya pasado el tiempo
 de miramientos y contemplaciones. Preparó una sentencia de
 excomunion contra los Asiáticos, y les declaró en sus cartas
 separados en adelante de la unidad de la Iglesia (1).

3. La determinacion del papa causó inmensa sensacion en
 el universo católico. Éfeso, Esmirna y tantas otras sillas, ilus-

(1) Ab unitate Ecclesie prorsus alienos esse pronuntiat. (EUSEB., lib. v, cap. 23.)

tradas por los Apóstoles ó por sus sucesores y discípulos, bajo
 el peso de una excomunion presentaban un espectáculo afflic-
 tivo para los obispos de las otras provincias, cuya mayoría
 estaba en relacion de amistad ó de reconocimiento con las
 iglesias del Asia. Por otra parte, el lazo de caridad unia en
 esta época mas estrechamente las cristiandades entre sí,
 cuanto que se hallaban mas frecuentemente expuestas á la
 persecucion. La mayor parte de los obispos escribieron al
 papa, unos con fuerza y vehemencia, otros con prudente re-
 serva y loable moderacion. San Ireneo fué del número de
 estos últimos: en su carta principia por hacer ver la confor-
 midad de su creencia con la de la Iglesia romana y la necesi-
 dad de celebrar la Pascua en domingo; pero no veia en el
 apego de las iglesias de Asia por su antigua costumbre razon
 suficiente para separarlos y arrojarlos de la comunión católica.
 « Los Pontífices que antes de Sotero han gobernado la Iglesia
 » romana, y de los cuales sois sucesor hoy, decia el santo á
 » san Víctor, Aniceto, Pio, Higinio, Telésforo, Sixto, han
 » conservado la paz con las iglesias cuya observancia no era la
 » de Roma. Esta divergencia de disciplina no les impidió enviar
 » las Eulogias á los obispos de Asia y ponerse así en comuni-
 » cacion con ellos. » Citaba, como prueba de esta tolerancia,
 la entrevista de san Policarpo y san Aniceto sobre la misma
 cuestion. « Guardaos bien, dice san Ireneo, de separar de la
 » unidad iglesias enteras por una costumbre que han recibido
 » de sus padres en la fe. » San Ireneo escribia además y en el
 mismo sentido á gran número de obispos para interesarlos en
 favor de los Asiáticos. Por las citas que acabamos de extractar
 se ve que san Ireneo miraba como punto de mera disciplina
 la controversia del papa con las iglesias disidentes.

4. Los obispos de la Palestina, mas cercanos al centro de
 la division, y por consiguiente mejor colocados para apreciar
 su verdadero carácter, juzgaron de distinto modo. Narciso, de
 Jerusalem, Casio de Tiro, Claro de Ptolemáida y los demás
 obispos de la provincia, reunidos en concilio bajo la presi-
 dencia de Teófilo de Cesarea, á quien el papa san Víctor habia

delegado su autoridad ⁽¹⁾, escribieron al papa una carta sinodal en la que protestan su adhesión á la tradición de la Iglesia latina para la celebración de la Pascua; establecen su autoridad con pruebas irrefragables, y concluyen rogando al papa de dar á esta su carta la mayor publicidad posible « para que » no nos crea el mundo católico cómplices de los que se han » alejado del camino de la verdad. » Entretanto san Víctor, movido de las instancias de tantos ilustres y santos obispos, moderó el rigor de su primera sentencia; pues que le bastaba haber visto universalmente desaprobada la costumbre abusiva de los Asiáticos. La prescripción estaba oficial y legalmente interrumpida y el error no podía alegar ya el argumento de la tolerancia; la ejecución solo era negocio de tiempo. Convenía entonces tener miramiento con las susceptibilidades, dejar á los espíritus el tiempo de comprender la verdad y de abrazarla de corazón á medida que se irían apagando las animosidades personales que podrían envenenarla todavía. El porvenir dió razón á la prudencia y sabiduría del Pontífice; porque desde el siglo siguiente los Asiáticos abrazaron la práctica universal; y esta cuestión no se agitó de nuevo en la Iglesia sino en la época del concilio de Nicea, y aun solo porque algunos obispos de la Siria y Mesopotamia creyeron deber volver á tomar para su uso peculiar la costumbre asiática, unánimemente abandonada por el mundo católico.

5. El papa san Víctor excomulgó en la misma época al herejarca Theodoto y sus fautores. Theodoto de Bizancio era un curtidor ó zurrador de pieles, pero cuya ciencia y virtud le elevaban muy superiormente. Preso como cristiano durante la persecución de Marco Aurelio, tuvo la desgracia de apostatar para librarse de los tormentos. Los reproches de cobardía y demás que le atrajo en su país su poca constancia, le determinaron á irse de Bizancio y refugiarse en Roma, donde se prometía vivir desconocido. Pero el carácter indeleble de apóstata parecía estar impreso en su frente, y no pudo hallar en Roma

(1) Papa Victor direxit auctoritatem ad Theophilum, Cæsariensis Palestinæ antistitem. (LABBE, t. 1, col. 596.)

el descanso que le negaba su patria. Fastidiado, creyó justificar su apostasía, haciéndose herejarca. « Yo no he renegado á un Dios, decía, sino á un hombre; » y desde entonces enseñó públicamente que el Verbo no era Dios, renovando así las herejías de Cerinto y Ebion. La tradición universal de la Iglesia oponía una excepción sin réplica á su nuevo sistema. Theodoto ensayó pues probar que la tradición había sido corrompida desde los primeros papas. La Escritura sagrada, cuyos textos formales no podían prestarse á la errónea interpretación del apóstata, fué alterada en las ediciones que ponía en manos de sus discípulos. Artemas, uno de estos, contribuyó á dar fama á la secta por su talento y elocuencia. Poco despues otro Theodoto, llamado el *Banquero* (argentarius), discípulo del zurrador, añadió nuevo error á los de su maestro. Pretendía que Jesucristo, puro hombre, concebido por el Espíritu Santo y de la Virgen María, era inferior á Melquisedec, por aquellas palabras: *Tu es sacerdos secundum ordinem Melchisedech*. Parece que el texto original en donde san Pablo representa á Melquisedec « sin padre, sin madre, sin genealogía, » sin principio en esta vida y sin fin, asemejado al Hijo de » Dios y sacerdote eterno (*Hebr.* vii, 3), » había dado origen á los *Melquisedequianos* de hacer de aquel sacerdote un ser sobrehumano, incomprensible y casi divino; y por consiguiente de elevarlo sobre Jesucristo, cuya divinidad negaban.

6. El presbítero Cayo, que vivía en Roma á fines del segundo siglo, refutó á estos novadores. Los Teodocianos, dice, están confundidos con los testimonios de las sagradas Escrituras, así como por los de Justino, Milciades, Taciano y otros que han defendido la verdadera doctrina contra los herejes contemporáneos suyos, y que todos atestiguan la divinidad de Cristo. Desde el nacimiento de la Iglesia, los himnos y cantos sagrados celebran á Jesucristo como Verbo de Dios, y le atribuyen la divinidad ⁽¹⁾.

7. No le faltaba á la verdad elocuentes defensores. Parecía

(1) Psalmi quoque et cantica fratrum jampridem à fidelibus conscripta, Christum Verbum Dei concelebrant, divinitatem ei tribuendo.

que los mas sublimes ingenios que hasta entonces haya contado la Iglesia en su seno, se hubiesen como dado cita al fin del siglo segundo. En tanto que san Ireneo ilustraba las Galias, Panteno y Clemente en Egipto hacian brillar los tesoros de su saber y de su elocuencia en la escuela cristiana de Alejandría, que solos ellos hubieran bastado á immortalizar. Orígenes, aun niño, espantaba por lo prodigioso de su inteligencia; Tertuliano, en África, primero entre todos los Latinos, entraba ya en la lid con su abrumadora lógica, con su elocuencia de acero. A estos famosos nombres añade Eusebio los de otros escritores, cuyas obras se han perdido desgraciadamente para nosotros. El filósofo Máximo, que habia compuesto muchos tratados importantes sobre las cuestiones, tan traqueadas por los herejes, sobre el origen del mal y la existencia de la materia; Cándido y Apion, que habian escrito comentarios sobre la creacion ú obra de los seis dias; Sexto, autor de un libro sobre la resurreccion; Heráclito, que habia dejado varios tratados analíticos sobre las epístolas de san Pablo. Pero entre todas estas glorias de la Iglesia, las miradas del mundo católico se fijaban particularmente sobre la escuela cristiana de Alejandría, que brillaba á la sazón en todo su esplendor.

8. Los Apóstoles habian echado los cimientos de estas instituciones, que bajo el nombre de escuelas cristianas perpetuaban en el seno de la Iglesia la tradicion de la enseñanza. Entraba en el plan de su mision proveer á todo lo que era necesario para preparar sugetos capaces de predicar un día la verdad y gobernar las iglesias. San Pablo, despues de haber formado discípulo suyo á Timoteo con sus ejemplos é instrucciones, le recomendaba escoger, á su vez, hombres capaces y ejercitarlos en el ministerio evangélico de la palabra. La tradicion nos ha conservado la memoria de los numerosos discípulos de san Juan en Éfeso, en donde este apóstol pasó los últimos años de su vida. Los obispos, sucesores de los Apóstoles, fijados en sus respectivas sillas, daban á estas reuniones formas mas estables, y hacian de ellas unas verdaderas *escuelas regulares*.

9. Alejandría poseia en su seno un establecimiento de este

género, cuya formacion atribuye formalmente san Juan al apóstol san Marcos. Una ciudad poblada de filósofos, centro de todas las ideas, foco intelectual en donde se cultivaban todas las ciencias entonces conocidas, necesitaba, mas que otra ninguna, de una enseñanza cristiana mas desarrollada, mas completa. Era necesario hacer brillar en todo su resplandor la ciencia católica, oponerla á los vanos sistemas de la humana filosofía, demostrar su superioridad, presentar sus pruebas, exponer su conjunto, y hacer apreciar en su justo valor sus consecuencias para dicha de la humanidad. Fundar una cátedra de verdad á la faz de las cátedras del error, tal fué el pensamiento de los obispos de Alejandría; y su constante solicitud fué dar al mas sabio auditorio del universo apóstoles de santidad y elocuencia dignas de él. El éxito fué feliz. En el año 179, el ilustre Panteno ocupaba este puesto eminente. Ese doctor, siciliano de origen, educado en los principios de la filosofía estóica, habiendo reconocido la verdad, se convirtió á la religion cristiana. Traia pues al servicio de esta causa sagrada un celo infatigable, conocimientos útiles y variados, una elocuencia cuya reputacion habia pasado los limites del romano imperio, y llegó hasta los Indianos, que le enviaron una embajada para suplicarle viniese á anunciar el Evangelio á su país. Clemente de Alejandría, su discípulo, decia de él: « Esta abeja » de Sicilia, del jugo que ha sacado en la celestial pradería de » los Apóstoles y Profetas, produce en el ánimo de sus oyentes » un inmortal tesoro de ciencia y virtud. » Se sustrajo empero á los aplausos de la juventud alejandrina, al éxito de un apostolado que habia ilustrado, entregándose á los trabajos de una mision lejana que se ofreció á sus pasos. Instituido por Demetrio, patriarca de Alejandría, apóstol y obispo de las naciones orientales, penetró hasta la India que le llamaba. Solo muchos años despues, cuando la vejez hubo quebrantado sus fuerzas, volvió á Alejandría. La cátedra cristiana estaba ocupada entonces por Orígenes, discípulo y sucesor de Clemente de Alejandría. Panteno se sentia remozarse en cierto modo y revivir en este jóven, cuya gloria no tuvo igual entonces. Tomaba el mayor